

ALKA JOSHI

Los **SECRETOS**
de **JAIPUR**

Traducción:

ANA BELÉN FLETES VALERA



MAEVA



Alka Joshi nació en la India y se crio en Estados Unidos. Estudió Literatura en la Universidad de Stanford y obtuvo un posgrado en el California College of Arts.

La artista de henna, su primera novela y best seller de *The New York Times*, fue elegido por la actriz Reese Witherspoon para su club de lectura, estuvo nominado para el Center For Fiction First Novel Prize y pronto se convertirá en serie de televisión.

Recientemente, ha recibido el premio a la mejor novela histórica en Francia.

En *Los secretos de Jaipur*, la autora retoma a los protagonistas de su celebrado debut y regresa a la Ciudad Rosa.

www.alkajoshi.com

Sobre *La artista de henna*

¡Me cautivó desde la primera hasta la última página!

Reese Witherspoon

Un excelente debut. Las descripciones evocadoras capturan la atmósfera sensorial de la India y atraen a los lectores a lo más profundo de esta conmovedora historia. Joshi logra el equilibrio entre el anhelo por descubrir lo desconocido y la necesidad de amor familiar.

Publishers Weekly

La artista de henna no solo ofrece a los lectores un viaje sensorial a la India, sino que también trata un tema importante: el equilibrio entre la familia y la ambición personal.

San Francisco Chronicle

La novela muestra una sociedad marcada por un rígido sistema de castas, misoginia, superstición y tradiciones ancestrales. El olor a sándalo, a comida cocinándose sobre el fuego y a flores tropicales lo impregna todo, pero la injusticia y la pobreza son ineludibles.

Booktrib

Personajes vibrantes, imágenes evocadoras y una prosa suntuosa crean una historia inolvidable.

Christian Science Monitor

La primera novela de Alka Joshi es tan evocadora, tan elocuente y tan exótica que no tengo más remedio que pedirle a su autora que deje de hacer lo que esté haciendo en este momento y que escriba una segunda novela.

Calgary Herald

Sobre *Los secretos de Jaipur*

Alka Joshi sobresale en la creación de personajes fuertes, y la incorporación de Nimmi no es una excepción. Mientras Lakshmi y Malik descubren la causa del desastre, sus lealtades se ponen a prueba en esta continuación digna de aplauso.

Booklist

La autora es una narradora excelente. ¡Estaba completamente hipnotizada por *Los secretos de Jaipur* y no podía dejarlo! Es una historia de amor, familia y poder contada con tal aplomo, belleza y suspense... Me tocó el corazón y se quedará conmigo por mucho tiempo.

Christy Lefteri, autora de *El apicultor de Alepo*

Las sensuales descripciones de la comida, los colores, los aromas y el arte de Lakshmi hacen que merezca la pena saborear esta magnífica continuación de *La artista de henna*.

Publishers Weekly

La autora ofrece un fresco colorista de la India en los años sesenta y alterna la vida de Lakshmi en Shimla con las aventuras del joven Malik en Jaipur. Si te gustó *La artista de henna*, te fascinará *Los secretos de Jaipur*.

Babelio

*Para Bradley, que me animó a escribir.
Para mis lectores, que se enamoraron de Malik.*

*Algo que tardas años en construir,
puede derrumbarse de la noche a la mañana.
No dejes de construirlo por eso.*

Madre Teresa

No hay rosa sin espinas.

Proverbio hindú

Al final de este libro encontrarás un glosario que te ayudará a entender todos los términos en hindi que aparecen a lo largo de la novela. También tienes a tu disposición información adicional sobre el significado del oro en la India, los diferentes estilos de joyería y la importancia de la cocina india en esta historia.

Escenarios de la novela



Dramatis personae

Malik: antiguo pupilo de Lakshmi, ha estudiado en el colegio Bishop Cotton para chicos. Veinte años.

Nimmi: joven perteneciente a una tribu nómada de los Himalayas, madre de Rekha y Chullu. Veintitrés años.

Lakshmi Kumar: antes se ganaba la vida como artista de la henna, pero ahora dirige el jardín medicinal perteneciente al hospital Lady Reading, en Shimla. Está casada con el doctor Jay Kumar. Cuarenta y dos años.

Jay Kumar: médico en el hospital Lady Reading de Shimla, director de la clínica comunitaria. Fue al colegio Bishop Cotton con Samir Singh. Está casado con Lakshmi.

Radha: hermana pequeña de Lakshmi. Vive en París con su marido, Pierre, arquitecto francés, y sus dos hijas. Tuvo un hijo de adolescente con Ravi Singh hace doce años, que dio en adopción a Kanta y Manu Agarwal. Veinticinco años.

Samir Singh: arquitecto y director general de Singh-Sharma Construction, perteneciente a una familia rajput de clase alta relacionada con la familia real jaipurí. Está casado con Parvati Singh y es padre de Ravi y Govind. Cincuenta y dos años.

Parvati Singh: dama de la alta sociedad, casada con Samir Singh y madre de Ravi y Govind. Es pariente lejana de la familia real jaipurí. Cuarenta y siete años.

Ravi Singh: hijo de Parvati y Samir, arquitecto en la empresa familiar Singh-Sharma Construction, casado con Sheela y padre de dos niñas, Rita y una bebé. Veintinueve años.

Sheela Singh: apellidada Sharma de soltera, casada con Ravi Singh y madre de dos niñas, Rita y una bebé. Veintisiete años.

Manu Agarwal: director del Departamento de Operaciones del palacio de Jaipur, casado con Kanta y padre de Nikhil. Treinta y ocho años.

Kanta Agarwal: nacida en el seno de una familia de literatos de Calcuta, casada con Manu Agarwal y madre de Nikhil. Treinta y ocho años.

Nikhil Agarwal: hijo adoptivo de Kanta y Manu. Doce años. Todos lo llaman Niki. La hermana de Lakshmi, Radha, es su madre biológica.

Baju: anciano sirviente de Kanta y Manu Agarwal.

Los Sharma: padres de Sheela Singh, copropietarios de Singh-Sharma Construction. El señor Sharma está enfermo. Su mujer no va a ninguna parte sin él. Debido a su mal estado de salud, Samir Singh dirige todas las operaciones de la empresa.

Moti-Lal: joyero de renombre, propietario de la joyería Moti-Lal.

Mohan: yerno de Moti-Lal. Trabaja con su suegro en la joyería.

Hakeem: contable en el Departamento de Operaciones del palacio.

Señor Reddy: gerente del cine Royal Jewel.

Maharaní Indira: mujer del anterior maharajá de Jaipur, no tiene hijos, se hace referencia a ella también como reina viuda. Es la suegra de la maharaní Latika y vive con ella en el palacio de las maharaníes. Setenta y cuatro años.

Maharaní Latika: glamurosa viuda del último maharajá de Jaipur fallecido recientemente y nuera de la maharaní Indira. Vive con esta en el palacio de las maharaníes. Fundó la escuela para chicas de Jaipur. Cuarenta y tres años.

Madho Singh: periquito alejandrino que la maharaní Indira regaló a Malik.

Prólogo

12 de mayo, 1969

Malik

Jaipur

ES LA NOCHE de inauguración del cine Royal Jewel, resplandeciente como una piedra preciosa. Un millar de luces centellean en el techo del inmenso vestíbulo. En los escalones de mármol que conducen al palco de la planta superior se refleja el brillo de un centenar de apliques de luz colocados a lo largo de la pared. Una gruesa alfombra roja amortigua el sonido de miles de pasos. En el interior, los mil cien asientos tapizados en lana de *mo-hair* ya están ocupados. Y todavía hay más gente de pie, junto a las paredes, para el estreno.

Es el gran día para Ravi Singh, arquitecto al mando del prestigioso proyecto, encargo de la maharaní Latika de Jaipur, que da testimonio de lo que se puede lograr con la mezcla de ingenuidad moderna y educación occidental. Ravi Singh lo ha construido emulando el teatro Pantages, en Hollywood, a casi trece mil kilómetros de distancia. Para una ocasión tan importante como esta, Ravi ha pedido a la dirección del cine que proyecten *El ladrón de joyas*, aunque ya se estrenó hace dos años. Unas semanas antes, Ravi me contó que había elegido esa película tan conocida porque refleja el nombre del cine y en ella aparecen dos de los actores indios más conocidos en la actualidad. Sabe que el público indio, un apasionado del cine, está acostumbrado a ver las mismas películas multitud de veces; la

mayoría de las salas tardan meses en cambiar la cartelera, de manera que aunque los residentes de Jaipur hayan visto la película hace dos años, volverán a verla. Ravi también se ha ocupado de que las estrellas Dev Anand y Vyjayantimala, acompañados por una de las otras actrices más jóvenes, Dipti Kapoor, asistan a la gran inauguración. La prensa también ha acudido para escribir la crónica de la inauguración del cine, informar de la presencia de la alta sociedad en pleno, todos vestidos con sus mejores galas, y mirar boquiabiertos a las celebridades de Bollywood.

Contemplo la moderna arquitectura, las opulentas cortinas de terciopelo rojo que cubren la pantalla, la expectación que se siente en el ambiente, impresionado con lo que ha conseguido Ravi, aunque hay muchas otras cosas en él que me inquietan.

Los Singh y los Sharma han invitado a mis anfitriones, Manu y Kanta Agarwal, a su palco, los asientos más caros de la sala. Yo los acompaño como invitado suyo; si no, ocuparía alguno de los asientos más baratos del patio de butacas de abajo, los que están más cerca de la pantalla; al fin y al cabo, no soy más que un humilde aprendiz en el palacio de Jaipur. A los niños se les permite la entrada al palco, pero Kanta ha dejado a su hijo Niki en casa con su *saas*. Cuando llegué a casa de los Agarwal esta tarde para acompañarlos a la inauguración, me fijé en que Niki se había quedado destrozado.

—¡Es el acontecimiento del siglo! ¿Por qué no puedo ir? Todos mis amigos van.

Niki estaba rojo de rabia. A sus doce años, sabía cómo envolver sus palabras en un halo intenso de injusticia.

Manu, siempre calmado frente a su hijo y su mujer, que tenían una personalidad explosiva, le contestó:

—La independencia de nuestro país fue el acontecimiento del siglo, Nikhil.

—Pero yo no había nacido por entonces, *papaji*. ¡Ahora sí! Y no entiendo por qué no puedo ir —respondió el chico mirando a su madre en busca de ayuda.

Kanta miró a su marido a los ojos como diciendo: «¿Cuánto tiempo más vamos a poder mantener a nuestro hijo al margen de los eventos sociales en los que estén presentes los Singh?». Niki va teniendo una edad en la que se pregunta por qué a algunos eventos de carácter social le permiten asistir y a otros no. Kanta me miró como si quisiera saber qué pensaba yo.

Me halaga que se sientan cómodos mientras mantienen estas conversaciones delante de mí. No tengo lazos de sangre con ellos, tan solo nos une que mi antigua tutora, Lakshmi —o jefa, como yo la llamo— es una vieja amiga suya. Conozco a los Argawal desde que era pequeño, así que estoy al corriente de la adopción de Niki, aunque él no lo sabe. Y sé que en cuanto los Singh vean esos ojos azul verdoso, tan inusuales en la India, les recordarán las indiscreciones de su propio hijo. La hermana de la jefa, Radha, no había sido la primera chica a la que Ravi había dejado embarazada antes de casarse con Sheela. Ser conscientes de los defectos de su hijo es una cosa, pero tener delante la prueba en carne y hueso alteraría a Samir y Parvati Singh.

Al final, los Agarwal no necesitaron que los ayudara a decidir qué hacer, menos mal. La madre de Manu, ocupada con su rosario de madera de sándalo, fue quien resolvió la cuestión:

—¡Tanto cantar y bailar en las películas corrompe a la gente! Vamos, Niki, ayúdame. Vamos a mi templo.

Niki gimoteó. Era un niño educado y las órdenes de su abuela no estaban abiertas a debate.

Dentro del cine, entre aplausos ensordecedores, la maharaní Latika, la tercera y la más joven esposa del maharajá de Jaipur, y ahora viuda, se sitúa en el centro del escenario para dar la bienvenida a los asistentes. Es el primer proyecto grande que dirige desde la muerte de su marido. Es la jefa de Manu; ninguna

de las otras esposas del maharajá quiso encargarse de las finanzas. Manu es el director de operaciones del palacio real de Jaipur y se ocupa de presentar proyectos de construcción como este, y la jefa me ha enviado a formarme con él.

—Esta noche celebramos la inauguración de la mayor sala de cine que se ha visto en Rajastán, el cine Royal Jewel. —Espera a que se apaguen los aplausos antes de continuar. Sus pendientes de rubíes y diamantes y el *pallu* bordado con hilos de oro que decora el sari de seda banarasi de color rojo lanza miles de destellos al público mientras observa la sala llena con una modesta sonrisa—. Es una ocasión histórica para Jaipur, hogar de ejemplos arquitectónicos de renombre mundial, tejidos y joyas deslumbrantes, y, cómo no, ¡el *dal batti* rajastaní!

El público se ríe al oír el nombre de un plato local muy famoso.

Su alteza agradece a Manu la supervisión del proyecto, elogia el buen trabajo de los arquitectos de Singh-Sharma y termina su discurso pidiendo a los actores de la película que suban al escenario. Anand y Vyjayantimala salen seguidos por la joven Kapoor, que se ha maquillado los ojos con khol y lleva un sari de lentejuelas, entre silbidos y gritos de *waa waa*. El público les lanza rosas, flores de plumeria y *chameli*, y se pone de pie para ovacionarlos. Cuando éramos pequeños, la hermana de la jefa, Radha, era muy cinéfila, más que yo. Pero esta noche incluso yo me dejo llevar por la emoción enfebrecida, los aplausos atronadores y los silbidos del público.

Por fin, las cortinas se abren y el silencio se extiende en la sala mientras los títulos de crédito aparecen en la pantalla. Incluso los conductores de *rickshaw* y los sastres que ocupan los asientos baratos de las filas delanteras guardan silencio.

Las películas indias son largas, duran casi tres horas, cuatro a veces, con un intermedio. Durante el descanso, salimos a la calle, junto con la mayoría del público, a tomar algo. Los vendedores

ambulantes están preparados. Se han dispuesto a ambos lados de la calle delante del cine. El aroma de los cacahuets picantes tostados, el *panipuri*, las *pakor*as de cebolla y las *samosas* de patata es casi irresistible. Compro unos vasitos de *chai* y los reparto. Samir compra un plato grande de *kachori* y *aloo tikki* para el grupo.

Estamos en mayo, pero en Jaipur hace ya un calor sofocante. El cine tiene aire acondicionado, pero es más agradable estar fuera que dentro con el olor que despiden miles de cuerpos allí metidos. La mujer de Ravi, Sheela, no quiere comer ni beber nada, porque dice que está todo demasiado caliente. Lleva a su hijita dormida sobre el hombro y el calor de su cuerpecito la agobia. Hincha las mejillas y se acerca a un puesto que vende abanicos *khus-khus*. Le cae el sudor por el cuello y se le cuele debajo de la blusa. Me obligo a mirar hacia otro lado.

Parvati presume con orgullo de su nieta de cuatro años, Rita, delante de las otras damas de la alta sociedad que se acercan a saludar. *Tumara naam batao, bheti*.

Kanta charla alegremente con unos amigos. La élite de Jaipur presente en la gala de inauguración felicita a Samir y a Manu. Busco a Ravi; hace un rato estaba con ellos y me pregunto por qué se perdería la oportunidad de ser el centro de atención. No es propio de él.

Observo y escucho, como siempre, algo que la jefa me enseñó bien. En la próxima carta que les escriba a ella y a Nimmi, que viven en Shimla, podré contarles lo que le ha parecido el peinado o el color del sari de la protagonista al público que ha venido al cine. ¡Apuesto a que Nimmi no ha visto una película en su vida! También podré contarles que la mayoría de las damas de Jaipur se casarían con el protagonista, Dev Anand, a la menor oportunidad. Es guapo.

Veo que Sheela vuelve abanicándose la cara. Parvati le retira los rizos húmedos de la frente a su nieta dormida. Sheela mira algo

por detrás de su suegra. Y, de pronto, se le endurece el gesto. Sigo su mirada hacia un rincón de la sala y me fijo en que Ravi sale discretamente por la puerta lateral del edificio acompañado de la joven actriz. Sheela observa con los ojos entornados cómo su marido y la estrella de cine se alejan en la oscuridad, lejos de la multitud. Sé que por ahí se va a un muelle de carga. En esa zona esperan también los chóferes de la maharaní y de los actores. A lo mejor la acompaña a su coche.

Oímos el timbre que anuncia que el intermedio está a punto de terminar. La segunda parte de la película va a comenzar. Miro la hora. Son las nueve y media de la noche. Las niñas de Sheela ya deberían estar en la cama, pero Ravi ha insistido en que toda la familia tenía que estar presente para que la gente los viera en un momento tan importante. Estoy seguro de que Sheela se ha peleado con él por este asunto. Ella prefiere que sus hijas se queden con su *ayah*.

El público regresa poco a poco al vestíbulo y entra en la sala por las puertas abiertas. Devuelvo los vasos vacíos a los *chaiwallas* cuando pasan haciendo la ronda. El suelo está lleno de las hojas de plátano sobre las que sirven el *chaat*. El aire huele a comida servida y consumida, un olor que no es del todo desagradable. Tomo en brazos a Rita, la otra hija de Ravi, a quien empiezan a cerrársele los ojos de sueño, y me la echo al hombro.

Sigo al resto del grupo hacia el interior del vestíbulo.

Antes de llegar a las puertas oímos un crujido cavernoso, el ruido de algo que cede y, de repente, el estruendo de cuatrocientos cincuenta kilos de cemento, ladrillo, acero corrugado y paneles de yeso al venirse abajo. Y a los pocos segundos, el ruido ensordecedor de un edificio que se derrumba, gritos de angustia y gemidos de dolor procedentes del interior del cine.